

# La construcción de los discursos sobre las mujeres en el pasado: las aportaciones de la arqueología feminista<sup>1</sup>

**Marga Sánchez**

Arqueóloga y profesora titular del Departamento de Prehistoria y Arqueología en la Universidad de Granada

- 1 Este texto forma parte de la reflexión que se realizó para el discurso de ingreso de la autora como miembro numerario en la Real Academia de Nobles Artes de Antequera.

MUJERES Y HOMBRES HEMOS MANTENIDO A LO LARGO DE LA HISTORIA relaciones de desigualdad, específicamente, de desigual ejercicio del poder. Para convencernos de que el patriarcado es el mejor de los sistemas posibles se han utilizado distintas estrategias, entre ellas, la articulación del discurso histórico, ese relato que construimos sobre los hechos del pasado. La Historia no ha sido justa con las mujeres, nos ha minimizado y menospreciado, nos ha hecho invisibles, ha primado determinados valores que ha identificado como masculinos y ha utilizados los opuestos para definir a las mujeres. En esos discursos históricos se considera que las mujeres poseemos un escaso control de la tecnología compleja y que solo conocemos e innovamos en una tecnología secundaria; que poseemos capacidades limitadas para el pensamiento abstracto y la creatividad, explicando así la pretendida ausencia de genialidad o excepcionalidad de mujeres artistas, científicas o pensadoras...; que somos un grupo homogéneo con los mismos anhelos y deseos en todas partes del mundo; que tenemos un papel dependiente y pasivo en las formas de organización social, y nuestro cuerpo sólo se entiende bien a través de la reproducción o bien a través de la sexualidad. Durante mucho tiempo, la práctica ontológica y metodológica de la arqueología ha ayudado a mantener determinadas narraciones en las que los procesos históricos están definidos por las luchas políticas, las guerras y resolución violenta de conflictos, la jerarquización social, o el énfasis en determinadas tecnologías, y ha olvidado la importancia de la cotidianidad, de los procesos de mezcla e hibridación, de las tecnologías relacionadas con el mantenimiento de los grupos humanos, de los mecanismos de solidaridad, y por supuesto de todos los grupos que no han detentado el poder, a pesar de que esas estrategias y esas personas suponen el grueso de nuestro pasado.

Como arqueóloga pretendo rebelarme ante esta situación porque entiendo que no existe realmente una práctica científica desprovista de ideología, y que la arqueología es un poderosísimo instrumento de transformación social. Como señala el filósofo Vicent Martínez, la razón principal por la que hacemos ciencia debe ser «la transformación por medios pacíficos del sufrimiento humano» (Martínez 2005). Siguiendo las propuestas de Francisco Muñoz (Muñoz 2001) hemos de emprender un giro epistemológico en nuestra disciplina, la arqueología debe abrirse a otras formas de saber; debe superar las dicotomías hecho-valor, objetividad-subjetividad, razón-sentimientos, femenino-masculino, teoría y práctica y sobre todo, debe superar la falsa noción de neutralidad. No sólo debe pretender el conocimiento de los hechos del pasado, sino contribuir a conocer cómo esos hechos y sus interpretaciones tienen una repercusión real en las vidas de la gente en la actualidad.

En mi caso, ese intento de giro epistemológico se basa en una mirada distinta y un análisis exhaustivo del registro arqueológico desde el feminismo para, no sólo visibilizar a las mujeres, sino reconfigurar la manera de hacer arqueología, reconsiderar el papel que tenemos como profesionales ya sea desde la teoría o desde la práctica. Para ello, desde hace tiempo, desde la arqueología feminista trabajamos con el concepto de actividades de mantenimiento (González y Picazo 2005; Montón y Sánchez Romero 2008). La capacidad de los grupos humanos de perpetuarse a través del tiempo depende en gran parte tanto de la reproducción biológica, como de la práctica de una serie de actividades que facilitan su supervivencia y que se desarrollan dentro del marco de la vida cotidiana. Trabajos que requieren una serie de habilidades técnicas y un cúmulo de experiencias que producirán, como todas las tecnologías, innovaciones y cambios, y que no siempre han sido valoradas. Son los trabajos relativos a las prácticas relacionadas con el reemplazo generacional, incluyen la preparación de alimentos, su almacenamiento, su distribución y su consumo, implican el cuidado de los miembros infantiles de la comunidad y de aquellos individuos incapaces de cuidar de sí mismos, temporal o permanentemente, por razones de edad o enfermedad, implican la atención a las estructuras en las que se vive, en definitiva, se preocupan del bienestar físico y emocional de los grupos humanos.

Por simple translación con el pensamiento contemporáneo, estos trabajos han quedado relegados a la marginalidad y tratados como actividades de escasa importancia, apareciendo en la investigación histórica y arqueológica en un segundo plano tanto en su aportación social como económica, y limitados en la mayoría de las ocasiones a un tratamiento descriptivo y cuantitativo. Todo ello a pesar de que la capacidad de los grupos humanos de perpetuarse a través del tiempo depende de que estas actividades se lleven a cabo de manera eficaz y exitosa. Como señala la socióloga M<sup>a</sup> Ángeles Durán (2012), hay más de 2000 millones de hogares en el mundo que dan servicio ininterrumpidamente, ningún otro sector productivo les supera en volumen o importancia económica; una actividad que no se considera cuando se habla del producto interior bruto de los países, un trabajo no remunerado pero que en contextos de crisis como los actuales resultan vitales para el sostenimiento de las sociedades.

**«Las mujeres, que no han sido observadas como promotoras de cambios sociales o económicos, han sido excluidas del uso de tecnologías, se les ha negado el cúmulo de experiencias, conocimientos y prácticas necesarias para desarrollarlas exitosamente y no han sido observadas como productoras.»**

La consideración negativa (o en todo caso la invisibilidad) que la historiografía ha dado a estos espacios y actividades ha terminado por impregnar la significación de quienes han sido las encargadas generalmente de realizarlas, las mujeres, que no han sido observadas como promotoras de cambios sociales o económicos, han sido excluidas del uso de tecnologías, se les ha negado el cúmulo de experiencias, conocimientos y prácticas necesarias para desarrollarlas exitosamente y no han sido observadas como productoras. Construcciones sobre el pasado que tienen su efecto en la contemporaneidad, un ejemplo extraordinario de la capacidad de influencia de este pensamiento patriarcal en la vida de las mujeres lo tenemos en la obra de Louise Bourgeois y su conocida serie *Femme Maison* (Nicoletta, 1992-93). En estas representaciones el torso y la cabeza de las mujeres han sido sustituidos por la imagen de una casa, las cuatro *Femme Maison* han sido interpretadas como un alegato feminista en contra del confinamiento tradicional de las mujeres en el espacio doméstico; pero poseen una carga de ambigüedad que permite otras consideraciones y que ponen de manifiesto la naturaleza ambivalente que ha tenido siempre el espacio doméstico en la historia de las mujeres. Por un lado, se trata del lugar por excelencia de la sociabilidad femenina, punto de partida de una red de saberes de mujeres; por otro lado, es un espacio de reclusión, emblema de la expulsión de las mujeres de los asuntos públicos, imagen de su identificación secular con un papel exclusivamente nutricional y reproductor. Estas mujeres sin cara, no poseen identidad, se expresan a través de la configuración de las casas, casas con puertas y ventanas y casas sin ellas, casas apacibles que denotan aceptación y casas distorsionadas que significan ansiedad.

94

Este asunto, esta contradicción permanente no ha pasado desapercibida para el feminismo. Como señala la economista Cristina Carrasco (2013), el trabajo doméstico es un tema central de debate en el movimiento feminista; y tanto desde la academia como desde el movimiento de mujeres se comienza a recuperar y a dar valor a las experiencias femeninas, a reconocer los valores propios de este trabajo como valores humanos fundamentales. Valores que han permanecido ocultos bajo el peso del mercado en nuestra sociedad capitalista. Estos trabajos de «cuidado» y la identificación de sus aspectos emocionales y relacionales, que tienen que ver directamente con la calidad de vida de las personas y el bienestar humano, plantean cada vez más la necesidad de valorar esta actividad por sí misma, de reconocerla como el trabajo fundamental para que la

vida continúe. Eso sí, no debemos caer en la denominada «mística del cuidado», entendida como el autosacrificio deseado por las mujeres, sino que debemos ejercer una mirada inclusiva que tenga en consideración las distintas actividades necesarias que posibilitan la reproducción social en condiciones aceptables, dignas y reconocidas para toda la población las haga quien las haga, mujeres u hombres.

Frente a este planteamiento, el concepto de actividades de manteniendo trabaja en dos sentidos; el primero, y como en su momento hizo el concepto de género, trata de eliminar la carga de esencialismo biológico con el que han sido calificadas las actividades y espacios domésticos, eliminando su vinculación imperativa con las mujeres; en segundo lugar trata de situar a estas actividades en el lugar que, por su relevancia e impacto social y por su capacidad de explicación de los procesos históricos, merece. Porque no se puede entender el espacio social de las poblaciones sin atender y entender estas prácticas cotidianas; las personas reproducen, negocian o desafían las reglas y las relaciones sociales en esos espacios y lo hacen transformando la materialidad que les rodea. Una materialidad que podemos leer desde la Arqueología.

Solo el pensamiento patriarcal ha hecho que el rol de las mujeres en el desarrollo de múltiples actividades, saberes y conocimientos haya quedado oculto y haya pasado desapercibido en la memoria colectiva. Este hecho ha perjudicado a las mujeres de todos los tiempos, incluidas las actuales, en la consideración que se tiene de nosotras tanto como colectivo, como individualmente; en cómo hemos construido nuestra identidad presente y en cómo se refleja en las maneras que tenemos de contar y difundir la historia. La arqueología, como disciplina científica, tiene un papel esencial en la deconstrucción de estereotipos y en la construcción de nuevas narraciones y en ello debe emplearse. —

#### Referencias:

- Carrasco, Cristina (2013) *El cuidado como eje vertebrador de una nueva economía*, Cuadernos de Relaciones Laborales 31(1), pp. 39-56.
- Durán, María Ángeles (2012) *El trabajo no remunerado en la economía global*, Bilbao, Fundación BBVA.
- González Marcén, Paloma y Picazo, Marina (2005) *Arqueología de la vida cotidiana*, en *Arqueología y género* (Sánchez Romero, Margarita ed.) Granada, Universidad de Granada, pp. 141-158.
- Martínez, Vicent (2005) *Podemos hacer las paces. Reflexiones éticas tras el 11-S y el 11-M*. Bilbao, Desclée.
- Montón-Subías, Sandra y Sánchez Romero, Margarita (eds) (2008) *Engendering social dynamics. The archaeology of maintenance activities*, Oxford, British Archaeological Report.
- Muñoz Muñoz, Francisco A. (2001) (ed.) *La Paz Imperfecta*. Granada, Universidad de Granada.
- Nicoletta, Julie (1992-93) *Louise Bourgeois' s Femmes Maison. Confronting Lacan*, Woman' s art journal, Fall 92/ Winter 93, pp. 21-26.